

APUNTES DE LA HISTORIA MILITAR

DEL G. GENERAL

PORFIRIO DIAZ

INTRODUCCION

LA vida militar del eminente caudillo que hoy rige los destinos de la nación mexicana es conocida de todos, como que está enlazada íntimamente con los sucesos más notables de nuestra historia contemporánea.

Efectivamente, ella abraza el período de la revolución popular de Ayutla, á la que México debe su actual sistema político; el de la empeñada guerra de Reforma que fué el complemento de la revolución de Ayutla y que cambió social y moralmente la faz del país; el de la guerra contra la Intervención y el Imperio, en que se consolidaron la Independencia de la República y las instituciones democráticas; y el de las revoluciones de la Noria y de Tuxtepec que fueron impulsadas por el pueblo, y cuyas aspiraciones de paz y de progreso se han visto realizadas, después del triunfo de la última en 1876.

Así, pues, los hechos militares del general Díaz pertenecen á la gran Epopeya nacional, á la única que merezca tal nombre, después de la heroica guerra de Independencia comenzada en 1810, y de que juntamente con ésta puede México enorgullecerse, tanto por sus gloriosos resultados, como por la grandeza de sus causas.

Es natural, por lo tanto, que la vida de un guerrero que ha sido consagrada constantemente y durante un tan largo trascurso de tiempo á las luchas en defensa de la Patria, de la Libertad y del Progreso, y que ha sido ilustrada con proezas singulares y con espléndidas victorias, sea conocida y admirada, no sólo en nuestro país, sino en el extranjero, donde todo el mundo sabe que el gobernante que hoy personifica la paz y el crédito de México, ha sido antes el campeón armado de sus instituciones.

Pero tal conocimiento se funda solo en los notables hechos de esa gloriosa carrera militar, cuyas etapas significan todas, ó la conquista de un principio, ó la elaboración de la República á los ojos del mundo civilizado.

Estos rasgos prominentes forman la hoja de servicios que la gratitud nacional recoge, y que constan de fechas memorables y de resultados evidentes.

En torno de esas fechas y como causas de esos resultados se agrupan numerosos hechos dignos de narrarse y de apreciarse por el historiador; por el filósofo y el patriota: y estos hechos permanecen todavía en la oscuridad, no siendo conocidos sino de muy pocos individuos, testigos presenciales ó amigos y compañeros de armas del soldado ó del caudillo.

Referir, pues, de una manera detallada la vida militar del general Díaz, tan fecunda en accidentes, tan variada en sus aspectos y tan interesante para la historia de nuestra Patria y para el estudio de sus progresos, tal es el propósito que se ha formado el autor de esta biografía.

Para realizarlo cuenta con buen acopio de datos fehacientes y de documentos irrecusables que ha podido obtener, merced á sus investigaciones, ó á la deferencia de personas respetables que han querido confiárselos.

En cuanto al carácter literario de la obra, el autor cree casi inútil manifestar que siendo la obra de un soldado, no puede menos que encomendarse á la benevolencia de los lectores. Ella no tiene más mérito que el de suministrar á los escritores mexicanos, que con mayores facultades ilustren la historia nacional, la narración más completa de la vida del soldado republicano que, salido de las filas del pueblo, en virtud de sus largos servicios en la guerra, hoy es el protector de la paz y del adelanto de México.

México, Septiembre 15 de 1889.

General.

Ignacio M. Escudero.

VIDA MILITAR Y POLITICA

LA carrera militar del General Porfirio Díaz comenzó con aquella inmortal revolución de Ayutla que, al cerrar para siempre el período de los motines que desde la Independencia habían ensangrentado al país, debía iniciar la evolución republicana dando un Código definitivo á la Nación, y dejando á ésta constituida de una manera tan vigorosa, que alcanzara salvar por segunda vez su autonomía, y conquistara un puesto altísimo entre los pueblos libres, progresistas y respetados.

A pesar de que nos hemos propuesto alejarnos en nuestro trabajo de todo lo que pueda darle un colorido político, tenemos necesidad de tocar los sucesos de aquella época, porque la vida de los hombres que tan alta participación toman en los acontecimientos públicos, hasta llegar á ser los salvadores de la patria, tiene que presentar un fondo histórico que es imposible suprimir.

Estamos en Oaxaca, el suelo clásico de la libertad, y llegamos al año de 1855, cuando el pueblo mexicano hacía esfuerzos poderosos para sacudirse la dictadura de Santa Ana que había brotado de la falsificación del Plan de Jalisco.

Porfirio Díaz, hijo del Estado, y alumno del Instituto donde hizo todos sus cursos hasta el de derecho, había sido educado por los hombres más notables del partido liberal, que le habían inculcado sus convicciones democráticas y su ardiente patriotismo.

Tuvo, pues, que correr la suerte de sus maestros, en cuyos trabajos revolucionarios tomaba ya parte, cuando aquellos ilustres profesores sufrieron confinamientos, prisiones, destierros y todo género de persecuciones. El C. Porfirio Díaz se vió obligado á huir de la capital, uniéndose á un grupo de liberales armados que al mando de Herrera combatió en la Mixteca contra la tiranía.

Esta fuerza fué disuelta por los continuos ataques de las tropas del dictador, y nuestro biografiado tuvo que permanecer oculto, hasta que en Julio de 1855 el pueblo de Oaxaca derrumbó á las autoridades usurpadoras estableciendo otras escogidas entre el círculo republicano.

Porfirio Díaz fué nombrado entonces Sub-prefecto del Distrito de Ixtlán, donde estuvo inconforme respecto á la marcha política del Gobernador del Departamento Don Nicolás Fernández y Muedra, que había establecido su gobierno en Villa Alta.

Pero para comprender los sucesos posteriores, tenemos que fijarnos por un momento siquiera en los graves hechos que en aquellos días se consumaron en la capital del Estado.

En aquella entidad federativa, convertida en tópicos en Departamento por el centralismo, los movimientos revolucionarios, cualquiera que fuese el partido que los realizara, sólo se efectuaban en la capital, pues los Distritos secundaban en su mayoría el plan proclamado por el vencedor. Los vencidos en tanto se dispersaban, hasta que volviendo á recobrar su vigor, tornaban á la lucha obteniendo el triunfo á su vez.

El Estado estaba dividido en ocho Departamentos, y entre éstos se contaba el de Villa Alta, al cual pertenecía Ixtlán, cuya Sub-prefectura estaba sometida al Jefe del Departamento.

Ixtlán está situado al Noroeste de Oaxaca, en la gran cordillera oriental que atraviesa la República. Su población laboriosa y honrada estaba en tal suerte abatida, que su falta de espíritu originó que quedara exceptuada de todo servicio militar. Sólo Porfirio Díaz supo despertar á aquel pueblo, hacerlo guerrero y lanzarlo enérgico y valiente á la vida política é inspirarle un espíritu de progreso.

Con esos elementos nuevos é inexpertos se preparaba el joven Sub-prefecto á luchar contra los cuervos disciplinados de Santa Anna.

En la época á que hemos llegado, los liberales de Oaxaca, fuertes con la opinión, alcanzaron que el General García, Gobernador del Estado, reconociese por unos días el plan de Ayutla; pero como en éste se proclamaba la disolución del ejército, los Jefes y Oficiales que rodeaban á García lo obligaron á que hiciera una contra revolución, contando con el 4º Regimiento de Caballería, el 10º de Infantería de línea y la brigada del General Callejo.

Con tan poderosos recursos pudo el Gobernador García imponerse á los republicanos, y éstos tuvieron que ceder. Don Ignacio Mejía, que fué más tarde Ministro de la Guerra, y que entonces era uno de los Jefes del movimiento á favor del plan de Ayutla, pactó con García una capitulación, desconfiando del pueblo que militaba á sus órdenes, y á pesar de ocupar la fuerte posición de Santo Domingo.

Un grito de indignación acogió tal acto de Mejía: los republicanos desconocieron á este Jefe, que se vió expuesto á perder la vida por su debilidad; y aquellos desocuparon el convento de Santo Domingo para atacar al 4º Regimiento que cargaba sobre ellos á la lanza, haciéndoles muchos muertos. Esto pasaba el 12 de Diciembre de 1855.

Los republicanos quedaron derrotados.

Creyó entonces García que había dominado la revolución y mandó circulares á los Gobernadores de los Departamentos y Sub-prefectos para que reconocieran el Gobierno de Santa Anna.

Porfirio Díaz, Sub-prefecto de Ixtlán, contestó negándose y amenazando con marchar sobre Oaxaca. García entonces intimó á Díaz que se sometiese ó que recurriría á la fuerza armada; pero el joven republicano, en vez de acatar aquellas órdenes, avanzó con 300 hombres bien armados y municionados hasta la Parana, donde hizo alto, después de haber dirigido á los demás Sub-prefectos y Jefes de los Departamentos una circular excitándoles á que sostuvieran los principios de la revolución liberal.

Allí recibió la noticia del desastre causado por la capitulación de Mejía, á la vez que le indicaban sus correligionarios que en Oaxaca hacían la revolución, la necesidad de abstenerse por aquellos momentos de todo acto inoportuno que comprometiera el éxito.

Porfirio, obsequiando la orden de los directores, retrocedió á Ixtlán licenciando su fuerza; pero no fué largo aquel paréntesis y pronto volvieron los republicanos á la lucha con más vigor y energía. Entonces éstos tenían á su frente á Luis Carbó, que era con quien estaba en relaciones directas el joven Díaz.

El partido reaccionario, envalentonado por los sucesos de Diciembre, creyó que había llegado la ho-

ra de reprimir enérgicamente toda tendencia de libertad, y la Autoridad Militar de Oaxaca dictó medidas verdaderamente opresivas y vejatorias contra el pueblo.

Exasperados los liberales salieron de su inacción y tomando las armas se apoderaron de Santo Domingo, á pesar de la resistencia opuesta por los reaccionarios. Mejía, que quizá reconoció su error, Díaz Ordaz y una multitud de patriotas, realizaron aquel audaz movimiento. Y éstos llamaron al Sub-prefecto de Ixtlán para que se les uniera con la fuerza que tuviera. Díaz reunió ciento cincuenta hombres, llegando oportunamente á la capital del Estado, y tomando una parte muy activa en el triunfo de los republicanos.

No podemos detenernos en relatar los episodios que en aquella época de gloria tuvieron lugar en el resto del país; pero sí consignaremos que al fin la dictadura había sucumbido, que uno á uno fué perdiendo Santa Ana todos los Estados, y que la revolución de Ayutla avanzaba triunfante sobre la Capital.

En Oaxaca había sido designado Gobernador y Comandante militar Benito Juárez, quien nombró Comandante de Batallón á Porfirio Díaz, en pago de los servicios que éste había prestado. Díaz renunció modestamente un empleo que no creía merecer, y volvió á la Sub-prefectura de Ixtlán donde se consagró á sus labores administrativas.

Entre tanto se consumaba en la Capital el pensamiento radical de la revolución republicana, la formación de un Código Constitutivo de la Nación; que hiciera cesar la anarquía y sirviera de lábaro al pueblo en la lucha que tenía que sostener por su reforma política y social.

En tanto que el Congreso Constituyente discutía la Carta Magna del pacto federativo, el clero y el partido conservador, que se sentían amenazados de muerte, hicieron un esfuerzo supremo prodigando el oro y excitando el fanatismo, y encendieron la guerra civil en toda la extensión de la República.

El partido liberal dió entonces una muestra de su fuerza y de su omnipotencia, arrojando la tempestad que amenazaba derribarlo. Con una actividad vertiginosa el Ejecutivo de la Unión organizaba las guardias nacionales para batir á los cuerpos del Ejército que defecionaban pasándose á la reacción, á la vez que los constituyentes sin arredrarse ante el torbellino de fuego y sangre que los rodeaba, iban formulando la Constitución que fué solemnemente proclamada el 5 de Febrero de 1857.

El Estado de Oaxaca no se escapó de la conflagración general, y numerosas gavillas reaccionarias aparecieron en él, sobre todo en los distritos del Sur. El Gobierno llamó entonces de nuevo á las armas á las Guardias nacionales, nombrando Capitán á Porfirio Díaz el 22 de Diciembre de 1856; y éste entró á

servir en el 2º Batallón del Estado, el que junto con el Primer Batallón prestó á la República tan eminentes servicios, hasta que fueron enteramente destruidos al incendiarse las municiones del Ejército de Oriente en San Andrés Chalchicomula.

Porfirio Díaz marchó con su Batallón al Sur de Oaxaca en persecución de los reaccionarios, concurriendo á la Batalla que se dió en Ixcapa el 13 de Agosto de 1857, en la que se batió con tal brío que mereció un aplauso de sus Jefes, quedando gravemente herido en esta acción.

Cuatro meses duró curándose de aquella herida, de la que no había sanado aún cuando tuvo que volver al servicio, por haber invadido el español José María Cobos el Estado con una fuerte división reaccionaria.

El célebre guerrillero del clero marchó rápidamente sobre Oaxaca, sitiando y ocupando la mayor parte de la ciudad, en cuyo lado Norte tuvo que concentrarse el Gobierno con sus fuerzas y empleados. Entonces se confió á Porfirio Díaz la defensa de Santa Catarina, con un piquete de Tuxtepec al mando del Subteniente Marcos Carrillo, y una compañía de Ocotlán, mandada por el Capitán Ramón del Pino.

En estos momentos llegé al campo republicano la Guardia Nacional de Ixtlán; pero manifestando que deseaba servir á las órdenes de su antiguo Jefe, Porfirio; y al participar Mejía á Díaz Ordaz estos hechos, expuso cuán sensible era que la herida de Díaz no le permitiera tomar el mando de aquellas fuerzas, cuyo auxilio era tan importante. Porfirio Díaz, que accidentalmente había escuchado aquella conferencia, se presentó exponiendo que, á pesar de que sufría demasiado, estaba pronto á volver al servicio activo con las nuevas tropas.

Y en efecto, al mando de éstas ocupó tres manzanas del enemigo.

Sin embargo, la situación del Gobierno era difícil, porque á la vez que los reaccionarios estrechaban el sitio y aumentaban sus elementos, éstos se agotaban en el campamento republicano, especialmente los víveres.

Alojábase Porfirio en la casa del liberal José Antonio Gamboa, hoy Oficial Mayor de la Secretaría de Hacienda, y desde las azoteas examinaba la línea enemiga, que distaba apenas el ancho de la calle, y por el costado Sur sólo estaba separada por dos casas.

Desde aquella altura pudo observar que en una de las casas ocupadas por los reaccionarios había algunos víveres, en pequeña cantidad, pero que podían servir para él y para sus oficiales que carecían de todo, pues procuraban primero que la tropa no careciese del rancho.

Resuelto Porfirio á apoderarse de aquellos víveres, en las altas horas de la noche y acompañado só-

lo de su asistente penetró en efecto á la casa, y sin ser sentido, hizo que el soldado cargara con cuanto podía servir para sus compañeros.

Al día siguiente Porfirio Díaz, preocupado lo mismo que los demás Jefes republicanos por la falta de víveres, al contestar el fuego que le hacían de una trinchera, notó que las balas levantaban un polvo blanco de los tercios con que aquella estaba formada, y comprendió que eran de harina. Propuso entonces á Mejía asaltar aquella trinchera, y apoderarse de los tercios y llevarlos al campamento liberal, ofreciendo ejecutar aquella operación.

Aceptada la idea se convino que Porfirio atacaría la trinchera con sólo veinticinco hombres armados, y que se le enviaría, cuando fuera dueño del punto, el número suficiente de soldados sin armas para que cargaran la harina. Se dispuso, además, que en tanto que Díaz intentara tan audaz empresa, una columna llamaría con un falso ataque la atención del enemigo por otro lado.

Concluidos los preparativos, Porfirio Díaz se lanzó lleno de brío sobre la trinchera, y á pesar del fuego vivísimo con que lo recibieron los reaccionarios logró apoderarse del punto; pero no llegaron los que debían trasportar la harina, ni se intentó el otro ataque.

En vano esperó el joven oficial bajo el fuego del enemigo durante mucho tiempo: hasta que viendo que le era imposible resistir ante fuerzas tan superiores, se retiró con sólo cinco hombres de los veinticinco que había llevado: los demás habían quedado en el puesto muertos ó heridos.

Porfirio apenas pudo llegar á su línea por la hemorragia de su antigua herida, que se había abierto en los esfuerzos sobre humanos de aquel combate.

Esta heroica acción tuvo lugar el 9 de Enero de 1858.

Cansados por fin los liberales de aquella situación, resolvieron atacar la parte de la ciudad ocupada por los reaccionarios, y en las primeras horas de la mañana se dió el asalto formal sobre la plaza.

A pesar de que Porfirio Díaz sufría muchísimo con su herida, pidió ser relevado del punto que defendía, para tomar parte en el combate: se le dió el mando de una de las tres columnas que atacaron, por haber sido herido el Jefe de ella, y fué uno de los primeros que penetró á la plaza principal. Hay que tener en cuenta que en estos ataques el Señor Díaz era molestado por la caballería reaccionaria que amenazaba sus flancos y su retaguardia: entonces para cubrirse, con las maderas y sombras del mercado, improvisó una especie de caballos de frisa que estorbaban al enemigo, pudiendo avanzar rápidamente.

Con Jefes de tal brío poco pudieron resistir los reaccionarios, y el triunfo sobre éstos fué espléndido

y completo, ocupando las tropas del Gobierno el Palacio, y retirándose Cobos hasta Tehuantepec. Y como los republicanos carecían de caballería, no pudieron perseguir inmediatamente al enemigo.

Constituido el Gobierno Republicano en la Capital del Estado, procedió á reorganizar su administración á fin de procurarse recursos para continuar la guerra, que no había terminado, porque la reacción contaba aun con poderosos elementos.

Pronto se organizó una columna que marchó á Tehuantepec en persecución de los Cobos y Moreno que levantaban nuevas fuerzas para reponer sus pérdidas: Porfirio Díaz formaba parte de aquella expedición compuesta apenas de las dos compañías de preferencia de cada uno de los batallones 1º, 2º y 3º de la Guardia Nacional de Oaxaca.

Si hiciéramos una narración detallada de aquella campaña, desnaturalizaríamos el carácter de este trabajo, exclusivamente consagrado á trazar la historia militar del Señor General Porfirio Díaz, Presidente h. y de la República Mexicana. Tenemos, pues, que limitarnos á tocar sólo aquellos sucesos que tienen una relación forzosa con los actos del joven soldado, cuya carrera sin mancha nos complacemos en seguir.

Ruda fué en efecto la campaña emprendida sobre los sublevados de Tehuantepec, que contaban entre sus principales elementos, además de la audacia de sus Jefes que habían llegado á adquirir una triste celebridad, mayor número de tropas, más del doble de las republicanas, y la cooperación de aquellas poblaciones que tomaron parte decididamente por la reacción.

Después de marchas forzadas y de sostener algunas escaramuzas, las tropas del Gobierno se encontraron con el ejército de Cobos y Moreno en Jalapa, lugar situado á siete leguas al Poniente de Tehuantepec.

Los Jefes liberales, según hemos dicho ya, sólo llevaban seiscientos hombres, mientras que los Cobos contaban con mil quinientos; sin embargo, después de un combate rápido y reñidísimo, los reaccionarios fueron completamente derrotados.

Porfirio se había distinguido tanto en aquella acción, que al ser ocupada la ciudad de Tehuantepec, algunos días después, fué nombrado Gobernador y Comandante Militar de aquel Departamento, puesto que no habían admitido Jefes de más alta graduación, porque creían imposible desempeñarlo, por los motivos que veremos después.

Aquí comienza un nuevo período en la vida pública del Señor Díaz que requiere algún exámen, porque si es verdad que durante su administración en Tehuantepec reveló sus privilegiadas aptitudes gubernativas, también tuvo que atender al ramo de Guerra para organizar fuerzas y defenderse de los reaccionarios, que no dejaron de combatirlo un sólo día.

Inútil nos parece extendernos sobre los sucesos políticos tan graves que entonces se consumaban en el país, porque no hacemos la historia de aquella revolución.

Sólo tenemos que recordar que en el trascurso de un año habían tenido lugar hechos importantísimos que cambiaron radicalmente el aspecto de la cosa pública. Mencionaremos aquellos cuyo conocimiento es necesario para comprender lo que pasaba en el Estado de Oaxaca.

Promulgada la Constitución en 5 de Febrero de 1857 y electo Presidente Constitucional el General Ignacio Comonfort, apenas acababa éste de jurar el Código Constitutivo de la República cuando lo violó, dando un golpe de Estado que trastornó el orden legal.

El Señor Juárez, electo Presidente de la Suprema Corte de Justicia, había sido reducido á prisión durante el motín de Tacubaya. Pero puesto en libertad, marchó al interior donde los Estados coligados estaban prontos á sostener la Constitución.

Los constitucionalistas habían sido derrotados en Salamanca después de un combate reñidísimo y sangriento. Los batallones de los Estados después de sufrir fuertes pérdidas se habían dispersado, y sólo varios Jefes y Oficiales, reuniendo algunos soldados se retiraron en buen orden, marchando al Poniente para unirse al Gobierno Constitucional.

Este grupo merece una especial mención, por la parte que tomó en la salvación del personal del Ejecutivo, durante la violenta retirada que tenía éste que hacer ante las tropas que defeccionaban pronunciándose por la reacción.

Conocido es el terrible incidente acaecido en Guadalajara, en que el Sr. Juárez, sus Ministros y los altos empleados que lo acompañaban iban á ser fusilados por la misma Guardia del Palacio, que se había pronunciado por el plan de Tacubaya.

Guillermo Prieto con su arrebatadora elocuencia salvó al Presidente, colocándose entre éste y el pelotón que había penetrado al salón é iba á hacer fuego sobre el ilustre patricio. Las Guardias Nacionales, los estudiantes y el pueblo lanzáronse sobre los cuerpos pronunciados, sacaron á los presos de su prisión y el Primer Magistrado pudo entonces salir de Guadalajara dirigiéndose á la costa.

Pero el Gobierno iba casi sólo, sin más escolta que algunos de los valientes de Salamanca, que seguían con lealtad la bandera de la Constitución.

Esa escolta la mandaba el General Iniestra y sólo se componía de 100 infantes y 25 caballos; pero entre sus Oficiales iban Leandro Valle, el joven héroe sin tacha y sin miedo, é Ignacio Escudero, que con tanta decisión seguía la causa liberal desde los primeros años de su juventud.

Con tan insignificante escolta en un país enteramente incendiado, llegó el Gobierno á Santa Ana Acatlán el día 20 de Marzo de 1858.

Y apenas entraba á su alojamiento el Sr. Juárez cuando se recibió la noticia de que Landa el autor del motín de Guadalajara, el que defeccionando combatía á la República con las tropas que éste le había confiado, se aproximaba á la población en persecución al Presidente.

Leandro Valle y Escudero en el acto ocuparon las alturas y rechazaron los primeros ataques de los reaccionarios, y aquel puñado de republicanos, con su serenidad y decisión, batieron á los asaltantes hasta arrojarlos de las calles que habían ocupado.

Aunque nos alejemos un poco de nuestro objeto, debemos consignar un hecho que honra altamente la memoria de Juárez: el General Iniestra creía que la pequeña escolta sería vencida, y se ocupó durante el combate de hacer una horadación en la espalda de la casa que habitaba Juárez y propuso á éste que se escapara por allí á caballo mientras Escudero y Valle contenían al enemigo: Juárez entonces con esa magistosa impasibilidad de su carácter le contestó que jamás abandonaría á los que se batían por defender la legalidad.

Por fin se retiró Landa con sus 800 hombres y el Gobierno pudo continuar su marcha á la Hacienda de Estipac, de allí por la Sierra de Jalapa á Sayula, Zapotlán y Colima, para embarcarse en el Manzanillo.

Al despedirse Juárez de los jóvenes Oficiales que tan valientemente lo habían salvado, después de haberles dado el ascenso inmediato, los estrechó cariñosamente entre sus brazos.

En aquella lucha gigante que entonces sostuvo el Señor Juárez contra la reacción que hacía sus últimos pero poderosísimos esfuerzos, por detener el torrente de la reforma que avanzaba hundiendo el pasado en olas de sangre; en medio del trabajo gigantesco del encargado del Poder Ejecutivo para organizar elementos y sostener con las armas la legalidad, no olvidaba aquel enérgico republicano á Oaxaca, donde sabía que un gran partido sostendría siempre los principios republicanos. Y en efecto, sólo en aquel Estado se perpetuó el orden Constitucional, sin que lograra la dictadura apoderarse de la capital, á pesar de las nuevas tropas que envió á Oaxaca, á ocupar definitivamente esta ciudad.

Vamos, pues, á continuar la historia de aquella guerra de tres años, en cuyos combates tomó tanta parte como gloria el joven Porfirio Díaz, conquistando paso á paso cada grado en su carrera con su audacia y su valor.

Confinado al Departamento de Tehuantepec, sin más elementos que unos cuantos hombres, sin dinero y sin municiones, sólo por su lealtad y su genio admi-

nistrativo, pudo aceptar un encargo que había arredrado á Jefes de más prestigio y graduación.

Todos los pueblos de aquel territorio eran profundamente hostiles á los republicanos, y sus poblaciones tomaban las armas en pró de la reacción y daban á los soldados del clero dinero, provisiones y todo género de auxilios.

Quinientas leguas cuadradas de bosques vírgenes, desiertos mortíferos y fragosas serranías tenía el Departamento confiado al joven soldado: sus pueblos muy distantes unos de otros estaban enteramente aislados del centro, y sus sesenta mil habitantes, extraños á la evolución del progreso, vegetaban dominados por sus curas y por los grandes propietarios.

En aquellas poblaciones atrofiadas por el atraso colonial y sumidas en el marasmo era imposible improvisar tropas, tanto más cuanto que entre las dos de más importancia, Tehuantepec y Juchitán reinaba un perpetuo antagonismo.

Porfirio con solo ciento cincuenta hombres tenía que sostenerse, hacer respetar su autoridad y acopiar elementos de guerra para resistir á quinientos tehuantepecanos, que con el nombre de *patricios* habían tomado las armas á favor de la reacción.

El Gobernador republicano sufriendo con su herida que se había enconado por no haberse extraído el proyectil, y sintiendo la hostilidad que lo rodeaba, se vió obligado á encerrarse en el convento de Santo Domingo, para no ser sorprendido, y á sostener diariamente un ataque, y que velar incesantemente porque eran más audaces las tentativas durante la noche, hasta llegar los *patricios* á matar á los centinelas con la bayoneta.

La población de Tehuantepec era cómplice en todos estos hechos, y no sólo ayudaba á las fuerzas reaccionarias que penetraban á la ciudad, sino que alojaban á los heridos, á los cansados y les ministraban todo género de recursos.

Llegó á fatigarse Porfirio de aquella situación, y resolvió cortarla á fuerza de audacia tomando la iniciativa, á pesar de la inferioridad en número de sus tropas y de lo reducido de sus elementos de guerra.

El 13 de Abril de 1858 tuvo noticia de que se hallaban algunos Jefes reaccionarios con una numerosa fuerza en un rancho inmediato, llamado «Las Jicaras.»

Resolvió el joven Capitán atacarlos y con una pequeña columna salió á las altas horas de sus posiciones, y marchando á paso veloz para llegar antes que recibiese algún aviso el enemigo logró sorprender á éste, se lanzó sobre él, y después de un combate reñidísimo y sangriento, los republicanos alcanzaron una espléndida victoria sobre aquella fuerza reaccionaria, tres veces más numerosa, de la que se dispersaron muchos quedando al campo cubierto de heridos y muer-

tos; entre éstos estaba el Coronel Conchado, el más importante de los Jefes reaccionarios.

Con aquel triunfo ya pudo dominar la situación el valiente Capitán, no sólo porque ya no se atrevían los *patricios* á atacarlo y podía obrar en un círculo mayor, sino porque tomó una enérgica iniciativa, aumentó su fuerza con gente de San Blas y Juchitán, la enseñó á vencer á un enemigo superior en número y en recursos, y se hizo al fin respetar, estimar y querer en todo Tehuantepec, que se denominaba ya Distrito, desde que se organizó definitivamente el Estado de Oaxaca bajo el régimen constitucional.

Luego que el Gobierno de esta entidad federativa tuvo noticia del triunfo obtenido en «Las Jicaras» por Porfirio, ascendió á éste á Comandante de Batallón en premio de sus eminentes servicios. En efecto, en aquella lucha oscura, en un rincón ignoto de la República, un joven sin nombre aún, desconocido entre las eminencias que descollaban en los bandos contendientes, rodeado de enemigos audaces y poderosos, había improvisado en un pueblo hostil y reaccionario un partido liberal vigoroso, y creando elementos á fuerza de paciencia y energía, se encontró al frente de tropas valientes y disciplinadas que aprendieron á batir á los contrarios, tres veces mayores en número, tomando de ellas las armas y municiones que les faltaban.

El Decreto expedido en 30 de Marzo de 1858 por el Gobierno Constitucional del Estado, estableciendo los distritos políticos en lugar de los Departamentos planteados por la reacción, Porfirio Díaz quedó con el carácter de Jefe Político de Tehuantepec, lo que en algo disminuía las facultades de que como Gobernador y Comandante militar estuvo investido.

En momentos tan difíciles, y cuando la reacción hacía poderosos esfuerzos para prolongar la lucha, Porfirio fué atacado de una fiebre violentísima que puso en peligro su vida.

Los reaccionarios creyeron que era el momento oportuno de acabar con aquel poderoso adalid de la libertad que, postrado en el lecho, no podría llevar á la victoria á sus tropas desmoralizadas por la falta de su jefe. Entonces los patricios sorprendieron la plaza y se lanzaron sobre el cuartel de los republicanos intentando asaltarlo.

El combate fué vigorosísimo, y Porfirio, á pesar de la fiebre, comprendió que estaba perdido sino tomaba una resolución suprema. Violentamente saltó del lecho, empuñó su espada y se presentó ante sus soldados que comenzaban á vacilar, y dió órdenes para cubrir los puntos más amenazados, combatiendo personalmente. Pero su debilidad era extrema y la calentura intensísima; cayó al fin al suelo desplomado por el vértigo y sin sentido. Sus soldados lo llevaron